

COLECCIONABLE
DE

SEMANA

Alfonso XIII y su hijo Don Juan

ÍNDICE



En este magnífico retrato -hecho por Antonio Calvache, uno de los mejores fotógrafos del reinado- se observa una certera interpretación del espíritu de don Alfonso XIII: claridad, serenidad e inteligencia.

CAPITULO VII

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA MONARQUÍA

«...» **El** sesinato de prelados, ex gobernadores, agentes de la autoridad, patronos, capataces y obreros; audaces e impunes atracos; depreciación de moneda, francachela de millones de gastos reservados...» Esto se decía en el manifiesto que el general Primo de Rivera lanzó, desde Barcelona, el 13 de septiembre de 1923.

«Era inevitable -comentará don Antonio Maura-; es el natu-

ral desemboque de una política suicida que se debió enmendar.» Y el conde de Romanones afirma que «tiene razón la opinión pública al simpatizar con el movimiento militar; negar que ha sido desafortunada la gestión de los gobernantes civiles fuera mentir descaradamente».

Y un diario de clara orientación liberal, «El Sol», se duele de que el pronunciamiento militar no se haya hecho antes: «¡Lástima que se haya puesto un trecho de seis años entre el propósito y la realización!»





Jacinto Benavente ha llegado a Madrid tras una estancia en América —donde había sabido la concesión del Premio Nobel—, y el Ayuntamiento celebra una recepción en su honor. Junto al autor de «La malquerida» están el Rey y el alcalde, don Alberto Alcocer. Junto al general Primo de Rivera, la actriz Josefina Díaz de Artigas.

En este mismo periódico, unos días después, don José Ortega y Gasset publica un artículo del que son las palabras siguientes: «Si el movimiento militar ha querido identificarse con la opinión pública y ser plenamente popular, justo es decir que lo ha conseguido por entero.

Calcúlese la gratitud que la gran masa nacional sentiría hacia estos magnánimos generales que generosamente, desinteresadamente, han realizado la aspiración semisecular de veinte millones de españoles, sin que a éstos les cueste esfuerzo alguno.»

LA MUERTE ENTRA EN PALACIO

Había aceptado Alfonso XIII la nueva situación política iniciada el 13 de septiembre. «... Puesto entre la espada y la pared —dirá—, elegí la espada para salvar un país descompuesto, y la Historia no podrá decir que España no aplaudió mi resolución con entusiasmo. La llegada de Primo de Rivera y la constitución del Directorio militar fue acogida con júbilo. Y, como detalle importante, no hay que olvidar que la petersa se cotizó en alta, juntamente

con todos los valores bursátiles españoles. Sin duda, el menos jubiloso era yo, porque sabía, por amarga experiencia, que de una situación que no había creado, como de las anteriores, o de las posteriores, siempre que fueran desgraciadas, me las cargarían sobre mis hombros, ya que no hay hombros más capaces que los de los Reyes para cargar con las responsabilidades de todos, aunque teóricamente se nos considere “irresponsables”. ¡Qué sarcasmo!»

Vibra España, en 1925, con el vuelo del hidroavión «Plus Ultra», desde Palos a Buenos Aires.



Doña Victoria Eugenia, al salir de la madrileña iglesia de las Calatravas, tras una misa celebrada en sufragio de las damas fallecidas del Ropero, que llevaba el nombre de la Reina de España.

Alfonso XIII con el uniforme de Comandante general del Cuerpo de Alabarderos, durante un acto en el cuartel de esta unidad militar, encargada de la custodia de la Familia Real en el interior de Palacio.



Termina la guerra de Marruecos, pesadilla de las madres españolas a lo largo de muchos años. Y un día la muerte entra en Palacio. Es el 6 de febrero de 1929. Doña María Cristina, la Reina Madre, tras de la cena familiar y una sesión de cine, se ha retirado a sus habitaciones. Siente de pronto un dolor en el costado, mas no le da excesiva importancia y no quiere que se avise a nadie.

Se alarma, sin embargo, Martina, la camarera, y llama telefónicamente al doctor Pérez Petinto. Avisa al médico al Rey, y casi a la vez llegan a la estancia de

doña Cristina don Alfonso y el doctor. Reconoce éste a la Reina Madre. Siente que aquel corazón -más batido por el dolor que por el paso y el peso de los años- vive sus últimos instantes. Respiración artificial, unas inyecciones.

No se recupera doña María Cristina, y su vida se extingue serenamente.

El reloj de Palacio ha dado los dos de la madrugada. Salas y galerías, habitualmente silenciosas a esa hora, se llenan de pasos apresurados, de alarmadas palabras en voz baja.

En el salón de estar de doña Cristina -el cuarto de la charla y

del recuerdo, del libro y de la labor- se instala apresurada y provisionalmente la capilla. Se reza una misa. Después, los mortales restos son llevados a la capilla de Palacio, por la galería que doña Cristina cruzó tantas veces en los días de solemne función religiosa.

Han llegado esa mañana a Madrid los Reyes de Dinamarca. Se dirigen al Palacio, y se prosternan, con la Familia Real, ante el féretro. Han sido suspendidos todos los actos que se habían organizado con motivo del viaje de aquellos monarcas.

Cuando llega la noche, don Al-



Las fiestas religiosas se celebraban solemnemente en el Palacio real. He aquí una galería del regio alcázar durante una de esas festividades. En primer término, arrodillado, el Rey, y tras de él, la Reina doña Victoria Eugenia.

Don Alfonso XIII en traje de cazador, según el admirable retrato hecho por el pintor José María López Mezquita. Transparenta el cuadro la voluntad, la serenidad, la inteligencia que caracterizaron al monarca.

fonso XIII pide que le dejen solo en el pequeño templo: solo con sus recuerdos, con el cuerpo yerto de la madre, con tantas cosas. Mucho tiempo permanece allí el Rey. Cuando se va de la capilla, los que después entran en ella ven que el féretro ha sido cubierto por el Monarca con la bandera española.

EL REY, EL PARROCO Y LA SOTANA

Un Rey no es sólo el que ofrece la imagen creada para la posteridad. Hay en él, también, acentos íntimos y desconocidos, fallos y reacciones de hombre, debilidades... Alfonso XIII tiene, en esta zona de lo humano, perfiles cu-

riosos, agudezas, rasgos que reflejan simpatía, ingenio y humor.

Las dos hijas del Rey, las Infantas Beatriz y Cristina, reciben un día un regalo del padre: es, completa, la grabación fonográfica de «La verbena de la Paloma». En la cubierta, don Alfonso ha escrito esta dedicatoria: «A una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid.»

Un día, un norteamericano le presenta el plan para una biografía del Rey, que se propone publicar en Nueva York. Alfonso XIII va leyendo atentamente el índice de los capítulos que formarán el libro. Y encuentra uno en el que se dice: «Los amores del Monarca.»

Don Alfonso levanta los ojos de lo que está leyendo y dice, enojado:

—¡Cómo! Esto no puede ser. El Rey de España no tiene más amor que el de su esposa.

El norteamericano sonríe, y el Rey, bienhumoradamente, añade:

—Le insisto en lo dicho. Ahora, yo no sé si el duque de Toledo...

Es muy violento el viento Sur en tierras de Cantabria. Uno de esos días huracanados, el párroco de un pueblecillo cercano a Solares pasea por la carretera. Una bocina le anuncia la proximidad de un automóvil. El señor cura se aparta a un lado del camino. Pasa el coche y su velocidad hace que el sombrero del párroco caiga al suelo y ruede unos metros. El párroco lo recoge, lo limpia y se dispone a seguir con el rezo que estaba haciendo ante



El Rey y don Miguel Primo de Rivera con los generales que formaron el Directorio militar, constituido tras la jornada del 13 de septiembre. «Era inevitable —comenta don Antonio Maura—, es el natural desemboque de una política suicida que se debió enmendar.»

el breviarío que llevaba en sus manos.

Un nuevo automóvil avanza por la carretera. El sacerdote ha afirmado bien su sombrero sobre la cabeza, pero esta vez es el breviarío el que cae al suelo. Salen del libro estampas y recordatorios que el viento y el remolino del coche esparcen. Los recoge el cura como puede y, por sentir otras bocinas, se queda a un lado de la carretera, esperando a que terminen de pasar los coches que se anuncian. Uno, otro, otro... Como la carretera es allí recta y llana, la velocidad de los automóviles es mucha. El polvo levantado ha hecho blanca la sotana del señor párroco. Este se desespera.

—Estas velocidades, esta prisa por todo... Es la vanidad, el des-

precio a los demás. Van a lo suyo, y nada más. Se está perdiendo el respeto a todo. Y así pasa lo que pasa... Si el Rey supiera esto... Pero, claro, le tienen engañado los políticos.

Un nuevo coche se acerca. Viene a velocidad moderada y no toca por ello la bocina. El señor cura, harto ya, se planta en medio de la carretera y, sacando el pañuelo, hace señas para que se detenga el automóvil. Se para éste a los pies del sacerdote. El conductor desciende, se inclina ante el cura, le besa la mano y dice:

—Buenas tardes, padre, ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo?

—No cesan de pasar coches a una velocidad disparatada. Así vienen las desgracias y los cho-

ques. No tienen respeto a la pobre gente que pasea. ¿Es que los demás no tenemos derecho a ir también por la carretera? ¿Es que sólo pueden hacerlo los ricos?

Otros dos viajeros se han quedado en el interior del coche. El cura ve que sonríen al escucharle. Dirige su palabra a ellos:

—¿Se sonríen? ¿Creen que no tengo razón? Pues se lo diría a todos: a los ministros, al mismo Rey, para que no corriesen ustedes tanto. Van a perder la vida. Y nosotros perdemos la paciencia.

El que ha descendido del coche se dispone a marchar.

—Tiene usted mucha razón, padre. Parecemos locos. No tenemos en cuenta el peligro. He de seguir. Pero, por si le puedo ser



Don Alfonso XIII con Rafael Guerra «Guerritas», en una finca de Córdoba. Gustaba el monarca de la conversación pintoresca del veterano torero, esmaltada de recuerdos curiosos de una larga vida rica en anécdotas y episodios.

útil alguna vez en algo, le daré mi tarjeta.

Le entrega la cartulina, que el párroco, sin fijarse en ella, mete en su breviario. El caballero sube al coche, se sitúa ante el volante y continúa la marcha.

Al día siguiente, el cura se fija en la tarjeta que el desconocido le había dado. Se sobresalta. En la cartulina se lee, bajo una corona: «Alfonso XIII».

Asustado, temiendo haber dicho demasiado y haber sido incorrecto ante el Rey, habla con unos y con otros, va a Santander, visita al señor obispo. Este trata de serenarle y, ante las palabras balbucientes del sacerdote, le ofrece una gestión para que

se entreviste con don Alfonso.

La audiencia es en el palacio de la Magdalena. Cuando se ve ante Alfonso XIII, el buen párroco trata de ponerse de rodillas. Expone sus disculpas por el tono excesivo de sus palabras de la carretera. No sabía -dice- con quién hablaba.

Charlan un buen rato. Tiene el Rey un humor excelente y se interesa por todo lo del pueblecito.

El Monarca se ha puesto en pie, dando por terminada la entrevista.

-Aquella tarde le di una tarjeta, pero hoy le daré algo mejor. Como los automovilistas le pusimos perdida la sotana, tenga, para que se compre una nueva.

Le entregó un billete. El párroco regresó conmovido a su aldea, en las cercanías de Solares. Siempre que le visitaba alguien mostraba lo que él llamaba «sus joyas»: una tarjeta de Alfonso XIII, un billete con una fecha escrita en tinta roja y una sotana nueva. Contaba a sus visitantes la historia de las tres cosas. La sotana se la ponía solamente dos veces al año: los días del santo y del cumpleaños del Rey.

-Y tengo dicho que cuando muera me amortajen con ella.

«CORAZONADA DE MUJER ACASO»

Cuando murió la Reina Madre,



El abrazo del Rey a un soldado, a quien acaba de condecorar con la Medalla Militar por su comportamiento en tierras de Africa. En sus contactos con las gentes, el Monarca ponía siempre efusión y nobleza, reflejadas expresivamente en una abierta sonrisa.

Dos valerosos capitanes del Ejército del Aire, Ignacio Jiménez y Francisco Iglesias, han cruzado el Atlántico cuando estos vuelos tienen todavía el perfil de lo arriesgado y lo heroico. En una fiesta militar, celebrada en el Retiro, el Rey condecora y abraza a los dos aviadores.



la Infanta Eulalia se hallaba en Munich y se disponía a partir hacia Palermo, donde iba a celebrarse la boda del conde de París, «delfín» de Francia. Un cable interrumpe el proyectado viaje: «Tengo el gran dolor de participar en la muerte de mi amada madre. Alfonso, Rey.»

La Infanta -muy ligada estos últimos años a su hermana política, la viuda de Alfonso XII- se traslada rápidamente a Madrid. Es muy crudo el invierno en Europa y hay dificultad en las comunicaciones. Cuando Eulalia de Borbón llega a la capital española, los restos mortales de doña María Cristina reposan ya en el Panteón de Reyes de El Escorial.

En los días que la Infanta pasa en Madrid advierte una inquietud y un malestar que no ha sentido en sus estancias anteriores. Se da cuenta de que el ambiente político comienza a ser hostil a la Monarquía. «No se veían como peligrosas las fuerzas republicanas -evocará un día-, pero ya en el pueblo se iba extendiendo la idea de que Alfonso XIII sería el último Rey. Era algo brumoso, impreciso y oscuro aquel ambiente ingrato. No había amagos revolucionarios, pero tampoco se sentía asentado el trono en la conciencia popular. Tuve claramente la intuición de que algo iba a ocurrir; corazonada de mujer acaso, pero que fue más cier-

ta que la apreciación de los políticos...»

Esa «corazonada» que la Infanta ha sentido en Madrid va traduciéndose en realidades. «Algo iba a ocurrir», pensó ella. Y «algo», efectivamente, está ocurriendo en la vida española: conspiraciones, planes revolucionarios, protestas y rebeldías. se extiende un inquietante clima de agitación.

Se ha creado una Asamblea Nacional Consultiva, organismo con el que se quiere sustituir a las viejas Cortes. Se estudia en esa Cámara un anteproyecto de Constitución. No quieren los socialistas colaborar en la Asamblea. En cambio, el parecer de un



Los Reyes, al acabar la temporada de estío en Santander, se han retratado con el alto personal palatino en la Magdalena. Sentado junto a don Alfonso XIII, el duque de Alba, tan ligado siempre a la institución monárquica. Sentados en el suelo, los hijos menores de los Reyes, los Infantes don Juan y don Gonzalo de Borbón.



La Reina doña Victoria con sus dos hijas y con la marquesa de Argüelles y la hija de ésta, en la inauguración de un Ropero que lleva en Madrid el nombre de la Reina. Gusta ésta de acercarse al dolor y la necesidad de los humildes y de los enfermos. Toda su vida se caracterizó por esta noble condición espiritual.

catedrático, socialista también, don Julián Besteiro, es contrario a una actitud de abstención. «Si nosotros -declara en un diario- no tuvimos inconveniente en ir un día al Congreso de los Diputados, donde tantas representaciones ilegítimas había, ¿por qué vamos a variar de conducta en estos momentos? La palabra "abstención" no figura en nuestro programa.»

Como un contraste con la preocupante situación política, se inauguran las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, dedicada especialmente la primera a Hispanoamérica. Es en primavera, y Sevilla, reciente su feria de Abril, se entrega ahora, en mayo, a la alegría de ver en sus ca-

lles a los Reyes. Obtiene, en este año de 1929, un gran éxito Jacinto Benavente con su comedia «Vidas cruzadas». Y en el teatro Fontalba, en la Gran Vía madrileña, se estrena una obra de Manuel y Antonio Machado: «La Lola se va a los puertos». La intérprete es Lola Membrives. Junto a ella, el actor que, hace veintidós años, estrenó en Lara el personaje de Crispín, en «Los intereses creados»: Ricardo Puga. La obra es un bello poema escénico exaltador del cante de Andalucía. «... ¿Quién será - esta Lola que se va - y así se ausenta, dejando - la isla de San Fernando - tan sola cuando se va...?»

Manuel y Antonio Machado han obtenido un éxito muy gran-

de: el mayor éxito de su breve andadura teatral, hace poco iniciada. El Jefe del Gobierno, don Miguel Primo de Rivera -con cuyo espíritu de andaluz entero rima bien aquella exaltación del cante que se hace en la obra- ha asistido al estreno y ha felicitado con su sonriente efusión de siempre a los dos poetas y a los intérpretes.

Unos días después del estreno se celebran en Madrid algunos actos de homenaje a los hermanos Machado. Y en el hotel Ritz, una noche, tras de la representación de «La Lola se va a los puertos», en Fontalba, hay una fiesta íntima, limitada. En la comisión organizadora figura un hijo del Jefe del Gobierno:



El general Primo de Rivera ha resuelto definitivamente el problema de Marruecos. Ha terminado la guerra que durante muchos años fue trágica pesadilla de España. El Rey se retrata junto al Jefe de su Gobierno durante uno de los frecuentes desplazamientos del monarca a Barcelona.

José Antonio Primo de Rivera, que es abogado y cuenta ahora veintiséis años.

Se celebra el acto -trajes de gala, guitarra, cante- el miércoles 27 de noviembre. Están allí, en honor de los poetas que han exaltado a la Lola, algunas figuras destacadas del flamenco: Montoya, Ortega, Rovira, Guerrita...

Y está, con los hermanos Machado, el Jefe del Gobierno. Se charla, se bebe y se canta. El hijo del general lee las adhesiones. Y pronuncia unas palabras en torno a los grandes poetas, al cante «jondo» y a la alta misión de la poesía en la vida del hombre y de los pueblos.

EL ACOSO REPUBLICANO

Aquella corazonada que un día sintió la Infanta Eulalia de Borbón es ya una creciente cadena de acoso a la Monarquía. Hombres y grupos de filiación monárquica se van desplazando hacia la República. Desde el escenario madrileño de la Zarzuela, el 27 de febrero de 1930, don José Sánchez Guerra afirma que ha perdido «la confianza en la confianza».

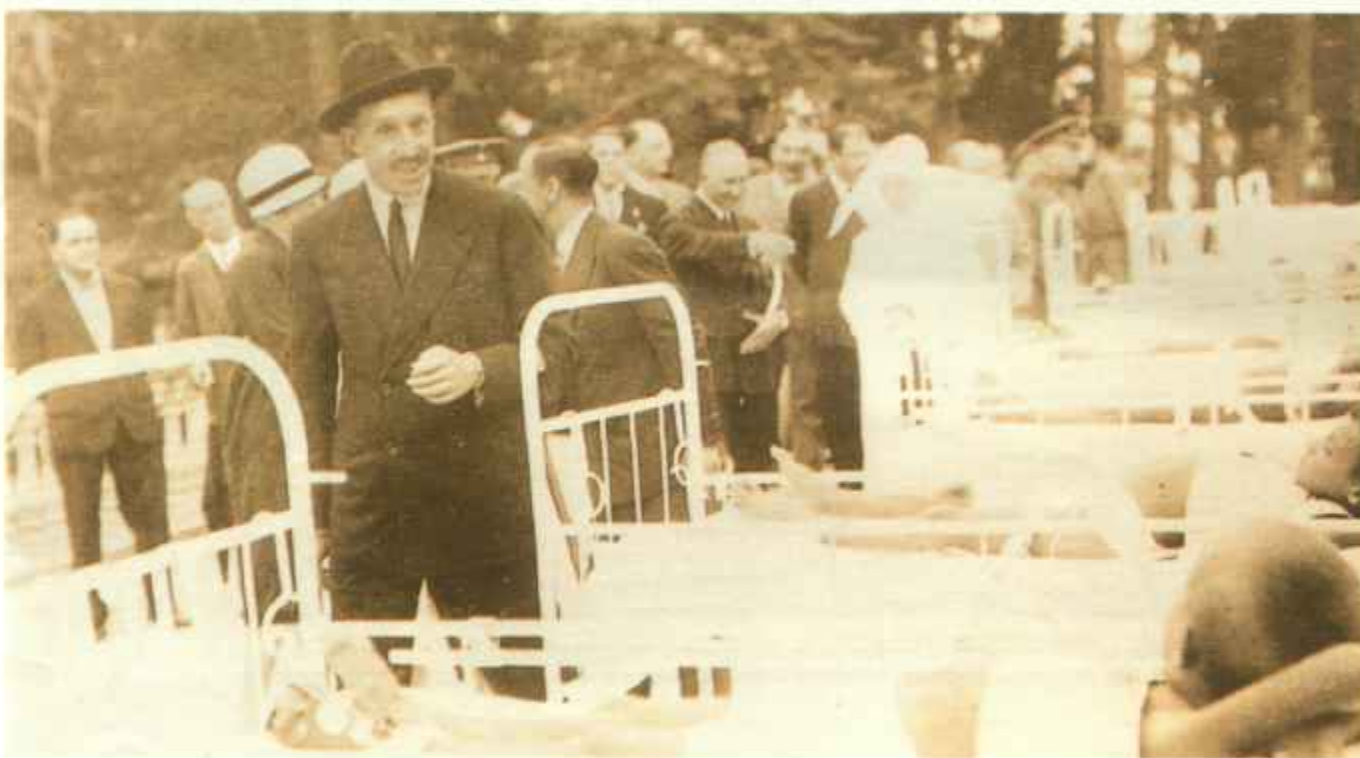
Y recuerda, dándoles un sentido actual y político, los versos del duque de Rivas sobre la conversión del duque de Gandía: «No más servir a señor - que se me pueda morir.»

Otro ex ministro de la Monarquía, don Niceto Alcalá Zamora, se declara republicano en Valencia, el 13 de abril de aquel año de 1930. Y don Angel Ossorio y Gallardo -que también fue ministro con la Monarquía- pide en una conferencia la abdicación del Rey.

Es Jefe ahora del Gobierno el general Berenguer. Ha muerto en París don Miguel Primo de Rivera, y la llegada de sus mortales restos a Madrid despierta en las gentes una emocionada expresión de duelo. No ha autorizado el nuevo Gobierno que el entierro pase por el centro de la capital, temeroso de las proporciones que pudiera alcanzar la irritación y la pena de la muchedumbre. Un joven periodista, César González-Ruano,



La Fiesta de la Flor. Y, como siempre, la sonrisa del Rey. Una sonrisa bajo la cual, muchas veces, se disimulan y esconden inquietudes y preocupaciones por los problemas de la vida política española.



Hospitales, sanatorios, instituciones benéficas recibieron muchas veces la visita de don Alfonso XIII. En la presente fotografía se le ve junto a los enfermitos que eran atendidos en el Sanatorio de Pedrosa, en Santander.

ha asistido al entierro y escribe: «Aquella multitud llorosa y sollozante mostraba la irritada sensibilidad de una fiera herida. El fino instinto popular español no se engañaba...»

Sobre este apasionado fondo, don Alfonso XIII y el general Berenguer se trasladan un día a Zaragoza para presidir la primera jura de los cadetes de la restaurada Academia General Militar. Unos meses después, la Academia es visitada por el Príncipe de Asturias, don Alfonso de Borbón y Battenberg. Y otro día, en ese mismo año de 1930, visita la Academia el ministro francés de la Guerra, el general Maginot. Cuando regresa a París, el

ministro habla de la impresión que en él ha causado la Academia. «Es no ya un organismo modelo, sino el centro, en su género, más moderno del mundo. España puede ufanarse de que su Escuela de Oficiales es la última palabra de la técnica y la pedagogía militar. Presencí el desfile de los alumnos. Un Ejército encuadrado en el plantel de una oficialidad semejante sería un Ejército envidiable y temible.»

Se combate abiertamente a la Monarquía desde frentes distintos. Se trabaja para dar cohesión y extensión al movimiento republicano. En contra de lo que el Gobierno Berenguer se propo-

nia, no se serenán las pasiones ni se desarma la oposición.

Se va claramente a un movimiento revolucionario. Se cuenta, sí, con elementos de agitación, pero falta dinero para comprar armas. Y se piensa que ese dinero puede ser facilitado por don Juan March. Es el viejo político don Alejandro Lerroux el que hace la gestión. March le responde: «Don Alejandro, yo no puedo ni debo convertirme en un banquero de la revolución.»

Don José Ortega y Gasset publica en «El Sol» un artículo que es comentadísimo. «Tenemos que decir a nuestros conciudadanos -se lee en las líneas finales-: ¡Españoles, vuestro Estado



Fue Alfonso XIII un extraordinario cazador. («Era una escopeta fuera de series», dirá su hijo don Juan de Borbón). Otras actividades deportivas fueron también cultivadas por él, como el polo, el automóvil, la navegación a vela.



Las hijas de los Reyes, doña Beatriz y doña Cristina. La primera, físicamente, evocaba a don Alfonso XIII, y la segunda, a la madre. Ambas vestían siempre igual: los mismos trajes, los mismos abrigos, los mismos sombreros, los mismos adornos.

no existe! ¡Reconstruidlo! "De-
lenda est monarchia".»

Estalla la rebelión en Jaca, en fecha adelantada a lo previsto. Es al amanecer del 12 de diciembre. El intento fracasa y el Gobierno actúa rápida y enérgicamente. La mayoría de los comprometidos en el movimiento —señalado para el día 15— han dejado solos a los que se alzaron en la ciudad pirenaica. Sólo en Cuatro Vientos se concentran unos cuantos aviadores, que huyen o se entregan ante el fracaso de la acción.

Don Alfonso XIII, de uniforme, contempla, tras el balcón de la antecámara que da a la plaza de la Armería, el vuelo de los aviones rebeldes. Haces de pro-

clamas revolucionarias caen sobre las gentes que se hallan en la plaza de Oriente.

ILUSION Y LOGRO DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Ha comenzado 1931. El día 2 de enero se celebra en el gran comedor de Palacio el tradicional banquete de Año Nuevo, que los Reyes ofrecen al Cuerpo Diplomático. Don Alfonso XIII, con uniforme de almirante, de gala, da el brazo a su hija la Infanta Beatriz; el Infante don Jaime, a la Reina; el Infante don Juan, a su hermana la Infanta Cristina... La mesa está adornada con orquídeas y clave-

les rojos. Durante el banquete, la banda del Cuerpo de Alabarderos toca música de Wagner, de Tchaikowsky, de Borodin, de Rimsky Korsakov, de Albéniz...

Al día siguiente, las dos hijas de los Reyes asisten a la salve en la basílica de Atocha, en representación del Monarca. Es una vieja costumbre de la Corte ésta del rezo ante la imagen de la Virgen que en aquel templo se venera.

Hay, unos días después, capilla pública en Palacio con motivo de la fiesta de Reyes. Es tradición que el traje que lleve el Rey ese día sea luego regalado a un grande de España. El uniforme que don Alfonso XIII viste en la mañana de la Epifanía es



El Rey preside la solemne ceremonia militar de una Jura de Banderas en Madrid. A su lado está el mariscal Liautey, una de las más destacadas figuras de la historia castrense de Francia.

regalado al duque de Aliaga, padre político del duque de Alba.

Durante la ceremonia, el Rey ofrece al prelado que la oficia tres cálices, con el incienso, la mirra y el oro de la tradicional ofrenda. Y don Alfonso cumple también con otra costumbre: regalar seis cálices a otras tantas parroquias pobres de Madrid.

En este primer mes del año recién nacido el alcalde de París visita la capital de España. Hay recepción en el Ayuntamiento. Y a las palabras de salutación del marqués de Hoyos, alcalde de Madrid, responde el conde de Castellane con otras en las que recuerda la actitud de Alfonso XIII en la contienda europea de 1914.

-No puede olvidar Francia el afecto del Rey de España en las horas sombrías de aquel país, cuando sus destinos estaban en peligro. Los corazones franceses están conmovidos por la delicadeza, impregnada de humanidad, de que dio muestras Su Majestad el Rey durante la guerra.

Pasan por España, en este año de 1931, los Príncipes de Gales, camino de América. Muere en Madrid Enrique García Álvarez, el autor de tantas alegres farsas cómicas: «Alma de Dios», «El pobre Valbuena», «El verdugo de Sevilla»... Ingresa en la Academia Española don Ignacio Bolívar. El duque de Maura habla sobre San Agustín -es el XV

centenario de éste- y el orador es presentado por un agustino joven, el padre Félix García. En la Residencia de Señoritas, Rafael Alberti lee su poema «Santa Casilda».

Sin embargo, pese a los motivos que la actualidad ofrece, es la pasión política la que agita y llena todo. El conde de Romanones, tras un discurso en Sevilla, habla en Madrid con los periodistas y les dice que hay que ir a un Gobierno nacional de todas las tendencias, aun de las más extremas. Añade que el momento no es de monárquicos tibios, sino de quienes sientan apasionadamente la Institución. Y elogia a Sevilla, afirmando que había aconsejado al alcalde de la



En un acto militar celebrado en Guadalajara es entregado un estandarte al regimiento de Aerostación. Y es el Infante don Juan de Borbón quien lee ante su padre y los mandos del regimiento la fórmula de ofrecimiento de la enseña a la citada unidad militar.



Fue un gran deportista. No se limitó a ejercer algunos deportes, sino que impulsó y alentó actividades diversas de ese carácter. Tuvo algunos caballos de carreras, de los que el más popular fue «Rubán», que ganó algunos importantes trofeos hípicos.



Contaba el monarca -aparte de las lógicas relaciones de carácter oficial y político- con personas unidas a él por entrañable y auténtica devoción personal. Entre ellas figuraron los marqueses de Argüelles, leales siempre a don Alfonso. Se ve a éste, en la fotografía, con la marquesa de aquel título y su hija.

ciudad el envío de este telegrama a Londres y a París: «Día 6 de enero en Sevilla; veinticinco grados, cielo intensamente azul. Aparecen las golondrinas.»

A pesar del fracaso del intento revolucionario de diciembre, la conspiración continúa. Dimite el general Berenguer y es nombrado Jefe del nuevo Gobierno el capitán general de la Armada don Juan Bautista Aznar. En un consejo de ministros se acuerda convocar elecciones municipales para el día 12 de abril.

Visita el Rey la Ciudad Universitaria, su gran ilusión de mucho tiempo, en marcha ya. Charla el Monarca con los estudiantes, que le invitan a comer

con ellos un día. Acepta Alfonso XIII la invitación y el día 27 de febrero se celebra el almuerzo, en la Fundación del Amo. En la presidencia están con el Monarca unos cuantos estudiantes. Aplausos calurosos, firmas en las tarjetas del almuerzo, fotografías de don Alfonso con los universitarios. Y hasta una película de la entrañable y cordial jornada.

En este mismo mes de febrero de 1931 se han cumplido dos años de la muerte de la Reina Madre. Misas en Palacio por el eterno descanso del alma de doña María Cristina. Por la tarde, el Rey se traslada a El Escorial. Reza, solo, durante largo rato ante el Pudridero, en que des-

cansan los restos mortales y amados.

LA PROTESTA DE DOS MINISTROS

Al comenzar abril se celebra en Palacio la ceremonia de investir caballeros de la Orden del Toisón de Oro a cuatro salientes personalidades de la vida española. Al siguiente día, Jueves Santo, ceremonia religiosa en la Capilla y seguidamente, en el Salón de Columnas, el Lavatorio de los Pobres. En la mañana del Viernes Santo, a las nueve en punto, nueva ceremonia en la Capilla real. Le es presentada al Monarca una bandeja de plata,



Inauguraron don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia el palacio de la Asociación de la Prensa, en la madrileña plaza del Callao. En la fotografía se ve, entre los Reyes, a don José Francos Rodríguez, Presidente de la entidad. Y, a la derecha, a la Infanta Isabel, el Infante don Fernando de Baviera y el periodista don Angel Illana.

y en ella, atados con una cinta negra, unos expedientes de condena de muerte. Habla el portador de la bandeja.

-Señor, la justicia humana condena a estos reos a la última pena. ¿Los perdona Vuestra Majestad?

Responde el Rey con una voz clara y firme.

-Que Dios me perdone como yo los perdono.

Es desatada la cinta negra y debajo de ésta aparece otra blanca, emblema del perdón.

A los dos días, el 12 de abril, se abren en toda España los colegios electorales. La propaganda ha sido intensísima y hay en todo un tenso ambiente de expectación. Se acusa, de un modo casi unánime, en las cifras que

llegan al Gobierno, el triunfo de los candidatos de la oposición. Es ésta, en las capitales, la triunfante. Los candidatos monárquicos, en cambio, son los elegidos en los pueblos. El balance arroja un total de 22.150 concejales monárquicos contra 5.775 antimonárquicos. En estricta doctrina democrática -un hombre, un voto- el resultado es favorable a la Monarquía. Se da, sin embargo, un carácter político al sufragio de las capitales. Y éstas han votado, evidentemente, en contra del sistema monárquico.

Consejo de ministros al día siguiente. Se habla de crisis inminente. Los periodistas interrogan al Jefe del Gobierno sobre ello.

-¿Crisis? ¿Qué más crisis quie-

ren ustedes que la de un país que se acuesta monárquico y amanece republicano?

El pulso de las horas se acelera. En la mañana del 14 de abril el Rey habla sucesivamente con los ministros. Y el Monarca les expone su resolución: transmitir sus poderes a un Gobierno que convoque Cortes Constituyentes, suspender temporalmente el ejercicio de su soberanía y ausentarse de España. Al entrar, para la entrevista con el Rey, don Juan de la Cierva, se encuentra con el conde de Romanones, que le anuncia la marcha del Monarca.

Sólo dos ministros -los conservadores La Cierva y Bugallal- han disentido de la opinión de sus compañeros de Gobierno.



Para dar a conocer lo que será un día la Ciudad Universitaria, el Rey reúne en la Moncloa a unos cuantos periodistas hispanoamericanos. Sirve un cóctel a los visitantes un joven barman que llegará a ser popular: Pedro Chicote.



Últimas horas de la Reina Victoria Eugenia en España. Son muchas cosas las que quedan a la espalda: amores y dolores, alegrías y esperanzas, su reinado. Arriba y a la izquierda, la Reina va diciendo adiós sobre las peñas de Galapagar a los leales amigos que habían querido estar cerca de ella en este emocionado adiós a España. Después, la Reina se traslada a El Escorial y sube al coche-salón del tren expreso. La condesa de Romanones trata piadosamente de consolar a doña Victoria. «Hasta la vuelta, señora.» La Reina, velada su voz por las lágrimas, dice: «Los que se van no vuelven.»

Estiman que es necesario defender la Monarquía. Don Juan de la Cierva pregunta al Rey si es cierto, como le ha dicho Romanones, el proyecto de salida de España. Le contesta el Rey afirmativamente.

—Entonces, señor, yo me atrevo a protestar —dice don Juan— de tal proyecto, como español y como ministro.

«ANTES DE QUE EL SOL SE PONGA»

Tras de la visita hecha por el conde de Romanones a Palacio, en la mañana del 14 de abril, el viejo político se entrevista con don Niceto Alcalá Zamora, en otro tiempo ministro de don Al-

fonso XIII. La entrevista es en la casa del doctor Marañón, en la calle de Serrano. Expone el conde algunas posibles fórmulas para encauzar la grave situación política. Pero la posición de don Niceto es irreductible. El Rey deberá salir. Y, para esa partida, el plazo será breve.

—Antes de que el sol se ponga. Lo repite una y otra vez. Se despiden los dos políticos. Deja el conde la casa del doctor Marañón. Son las dos y cinco de la tarde. En la calle, algunos grupos sisean al conde. Torna Romanones a Palacio para dar cuenta al Rey de la entrevista.

Se celebra, a las cinco, el último consejo de ministros. En verdad, todo está ya decidido. Por dos veces, durante la reunión,

llega a Palacio el apremio de Alcalá Zamora para la rápida marcha de don Alfonso XIII.

—Antes de que el sol se ponga. El aviso que trae el ayudante del Rey hace ver a don Juan de la Cierva la verdad de lo ocurrido en la casa del doctor Marañón.

—¿Cómo? ¿Es que se ha pactado la entrega de la Monarquía y el advenimiento pacífico de la República?

Responde Romanones con una sola palabra.

—Sí. La Cierva protesta. Pero nada es posible ya. «Todo era inútil. El pacto contra la Patria se había hecho. El miedo y el egoísmo se habían apoderado de algunos ministros.»



El Rey junto al doctor don Florestán Aguilar, y entre un compacto grupo de estudiantes, habla a éstos durante una visita a la Ciudad Universitaria. Esta institución docente fue en los años últimos del reinado la gran ilusión de don Alfonso XIII.



Se celebra en la Semana Santa de 1931 la última capilla pública en el Palacio real. Uniformes, trajes de gala, mantillas, diademas. He aquí dos de las damas que asistieron a esa última ceremonia religiosa en el palacio de Oriente.

La discusión es cortada por el Rey. Alega que no quiere que por él se vierta una sola gota de sangre. Y lee el mensaje de despedida a España que unas horas antes había encargado al duque de Maura. Hace en él alguna rectificación.

El documento es éste: «Las elecciones celebradas el último domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta

en las más críticas coyunturas. Un Rey puede equivocarse y sin duda erré yo alguna vez; pero sé bien que nuestra Patria se mostró generosa ante las culpas sin malicia. Soy el Rey de todos los españoles y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero resueltamente quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son

depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme un día cuenta rigurosa. Espero conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder real y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos. También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles.»
J. M. A.

Introducción

La muerte entra en Palacio

El rey, el párroco y la sotana

“Corazonada de mujer, acaso”

El acoso republicano

Ilusión y logro de la Ciudad Universitaria

La protesta de dos ministros

“Antes de que el sol se ponga”